

Y *Hanswurst* (1) con su trompeta
En la puerta grita: ¡Adentro!

—Sin medida y sin cesura,
Estos versos son muy malos.
—¿Querrá vistan uniforme
De Panduros literarios?

Dime: ¿cómo usas palabras
De tan grosero descoco?
Para cruzar el mercado
Es preciso emplear el codo.

«Mas también pusiste en verso
Una buena y gran verdad»:
Mézclense cultos y vulgo
Y el vulgo dominará.

Si os acosaren las moscas
Matadlas á palmetazos;
Cuando pasen estas rimas,
Sacudidlas gorro en mano (2).

(1) Pronúnciese *Jans-vurst*. Es el Juan de las viñas, arlequín ó polichinela alemán, *Hanswurst* ó *Wursthans*, como se lee en el original, significa á la letra *Juan-morcilla*.

(2) He aquí algo como los saetas de nuestro Cano, pero como, por desgracia no siempre podemos comprender la alusión, algunas nada nos dicen.

III

IDEAS.

EL LIBRO LE GRAND.

(1826.)

*La familia de Orindur
del sólo firme columna,
vivirá, si bien su fin
Naturaleza apresura.*

MÜLLNER.

EVELINA,

*recibe. estas páginas en prueba de. la amistad
y cariño del autor.*

CAPÍTULO PRIMERO.

Ella era amable, y él la amaba; pero él no era amable, y ella no le amaba.

(*Antigua obra dramática.*)

Señora, ¿conoce usted la antigua pieza? Es una pieza completamente extraordinaria, y quizá demasiado melancólica. Una vez hice en ella el primer papel, y lloraron todas las damas; sólo una no lloró, no lloró ni una sola lágrima, y ésta fué precisamente la sal de la pieza, la verdadera catástrofe.

¡Oh! Esta sola lágrima atormenta eternamente mi pensamiento; cuando Satán quiere perder mi alma, murmura en mi oído un canto á esta lágrima no llorada; canto fatal á que acompaña una melodía que no lo es menos. ¡Ah! Sólo en el infierno se oye cosa semejante!...

.....
Puede usted imaginarse, señora, cómo se vive en el cielo, tanto más, cuanto que está usted casada. Allí se divierte uno soberbiamente; se disfruta de todos los placeres posibles; se vive en bulliciosa alegría, tan perfectamente como Dios en Francia. Se está uno á la mesa desde la mañana á la noche, y la cocina es tan buena

como la de Jagor (1): los gansos asados revolotean con la salsera al pico, y se sienten halagados cuando se les devora (2); brillantes tortas de manteca crecen sin cultivo como los girasoles; por doquiera arroyos de caldo y de *champagne*; por doquier árboles en que flotan servilletas; se come y se limpia uno la boca, volviendo á comer sin estropearse el estómago; se cantan psalmos, ó se juega y bromea con los amables y tiernos angelitos, ó se va uno á pasear á la verde pradera del Aleluya; los blanco y flotantes vestidos le están á uno cómodamente, y no destruye nuestro sentimiento de felicidad dolor ni disgusto, ni aun cuando alguien por casualidad le pise á uno un ojo de gallo, y exclame: «Usted dispense (3)», sino que le sonreimos, como manifestando y asegurando: «Tu pisada, hermano, no me ha causado dolor; al contrario (4), mi corazón ha sentido, al recibirla, tan sólo un más dulce y celestial deleite.»

Pero del infierno, señora, no puede usted formarse idea. De todos los diablos sólo conoce acaso al más chiquito, al pequeño Beelzebú, al amor (5), el gentil testafarro del infierno, y á éste mismo sólo le conoce usted por el D. Juan (6), ese burlador de mujeres que tan mal

(1) Falta este inciso en la v. fr.

(2) La id. id. dice: *cuando se los quiere coger*.

(3) En el original: *Excusez*.

(4) En el id.: *au contraire*.

(5) En la versión francesa faltan los entrecorados que preceden.

(6) La versión francesa añade: *por la ópera del*

ejemplo dió, y para quien jamás le parece á usted aquél bastante ardiente, por más que nuestras direcciones de teatro, dignas de todo encomio, hacen consumir en pro suyo tanto aparato de llamas, lluvia de fuego, pólvora y colofonium (1), como puede apetecer cualquier buen cristiano en el infierno.

Entretanto, todo esto parece allí mucho peor de lo que creen nuestros directores de teatro, que, á saberlo, no hubieran hecho representar tantas obras detestables. En el infierno hace un calor completamente infernal, y cuando yo estuve allí por los días de la canícula, le hallé insoportable.

No tiene usted idea del infierno, señora. Recibimos de allí pocas noticias oficiales, pero es una calumnia lo de que las pobres almas tengan que estarse todo el día leyendo los malos sermones aquí arriba impresos. No se obra tan mal en el infierno (2); jamás meditará Satán un tormento tan refinado. Al contrario, la pintura del Dante es demasiado moderada, y en su conjunto sobrado poética.

El infierno me pareció una gran cocina burguesa con un interminable horno, en el que había tres filas de marmitas de hierro, y en éstas se hallaban los condenados puestos á cocer. En una de las filas estaban las almas de los pecadores cristianos, y ¿podrá usted creerlo?

(1) Resina.

(2) La versión francesa dice: *La vida del condenado no es tan dura*.

Su número no era muy pequeño, y los diablos atizaban bajo ellas el fuego con especial actividad. En la otra fila estaban los judíos, gritando sin cesar y á quienes los diablos hostigaban de cuando en cuando, como ocurría chistosamente con un obeso prestamista que, ya sin aliento, se quejaba del excesivo calor, y un diablillo le derramaba por la cabeza algunos cubos de agua fría, para que viera que el bautismo es un beneficio verdaderamente refrigerante.

En la tercera fila estaban los paganos, que, lo mismo que los judíos, no podían tener parte en la bienaventuranza, y debían ser eternamente achicharrados. Oí, como uno de éstos, á quien un diablo de cuatro garras ponía debajo nuevos carbones, exclamaba indignado desde dentro de su marmita: «Tratadme bien, yo fui Sócrates, el más sabio de los mortales, yo enseñé la verdad y la justicia y consagré mi vida á la virtud.» Pero el estúpido diablo de las cuatro garras, sin interrumpir su ocupación murmuraba: «Bah! todos los paganos han de arder, y para uno solo no vamos á establecer excepciones.»

Aseguro á usted, señora, que hacia un calor terrible y se oían unos gritos, unos sollozos, unos gemidos, unos gáñidos, unos llantos (1), unos alaridos..... y á través de toda esta algarabía espantosa oíase distintamente la melodía fatal de la canción de la lágrima no llorada.

(1) La versión francesa sustituye: *contorsiones y rechina-
mientos.*

CAPÍTULO II.

Ella era amable, y él la amaba; pero él
no era amable, y ella no le amaba.

(Antigua obra dramática.)

Señora, la antigua pieza es una tragedia, aunque su héroe no es asesinado ni se suicida. Los ojos de la heroína son bellos, muy bellos. ¿No percibe usted, señora, aroma de violeta? Son muy bellos, y tan aguzados que atravesáronme el corazón como puñales de vidrio (1), y salieron seguramente por mi espalda, mirando en sentido contrario; pero no morí al golpe de esos ojos que á traición asesinan. La voz de la heroína era también bella. ¿No escucha usted, señora, que en este momento trina un ruiseñor? Una voz bella, sedosa, un tejido dulce de sonidos radiantes, en que mi alma quedó envuelta, se ahogaba y retorcia. Yo mismo—es el Conde del Ganges quien habla ahora, y la historia ocurre en Venecia—yo mismo me sentí más de una vez cansado de tales tormentos, y pensé hasta en dar fin (2) en el primer acto de la obra, haciendo saltar mi caperuza de loco

(1) *Glaserne* callado en la versión francesa.

(2) La versión francesa añade: *á la historia.*

juntamente con la cabeza, y me dirigí á una tienda de lujo de la *vía Bursta*, donde hallé un hermoso par de pistolas expuestas en el escaparate.

Aun lo recuerdo bien, estaban al lado de muchos alegres juguetes de nácar y oro, de corazones de hierro con áurea cadenita, de tazas de porcelana con tiernas inscripciones, de tabaqueras con lindas figuras, tales como la divina historia de Susana, el canto del cisne de Leda, el robo de las sabinas, Lucrecia, gruesa virtud humana, con el seno desnudo, en que se clava el puñal tardío, la difunta Bethmann (1), la bella Ferronière, todos ellos tentadores semblantes; pero compré las pistolas, sin regatear mucho; compré también pólvora y balas y me fui á la cueva del *signor Inmodesto* (2), donde me hice servir ostras y un vaso de vino del Rhin.

No podía comer y mucho menos beber. Ardientes lágrimas cayeron en el vaso, y en él vi la amada patria, el azul y sagrado Ganges, el siempre radiante Himalaya, los gigantescos bosques de bananos, por cuyas frondosas avenidas cruzaban los prudentes elefantes y los blancos peregrinos; ví extrañas y quiméricas flores, que me compadecían en silencio; doradas y maravillosas aves chillaban salvaje y alegremente; los brillantes rayos del sol y los locos y dulces gritos de los risueños (3) monos me saludaban con cariño. Resonaban en las lejanas

(1) Falta este enciso en la versión francesa.

(2) *Inmodesto* (*Unbescheiden*), pero en la versión francesa se lee *Zampetto* (*salchichón de Módena*).

(3) La versión francesa dice: *traviesos* (*lutins*) pero el original *tachenden*.

pagodas las piadosas plegarias de los sacerdotes, y como fundida con ellas la quejumbrosa voz de la sultana de Delhi, que, sobre sus tapices, corría de arriba abajo como el vendabal, rasgaba su plateado velo, arrojaba al suelo á su esclava negra, provista del abanico de plumas de pavo real, lloraba, se enfurecía, gritaba..... Pero no podía comprenderla. La cueva del *signor Inmodesto* dista tres mil leguas del harén de Delhi, y además hacía tres mil años que había muerto la bella sultana..... Y yo bebía afanosamente el claro, el alegre vino, y mi alma se iba poniendo cada vez más sombría y triste..... Yo estaba condenado á muerte.

Cuando subía de nuevo la escalera de la cueva, oí doblar la campana de los ajusticiados. Giraban avanzando las oleadas de la multitud, mas yo me coloqué en la esquina de la *strada San Giovanni* y recité el siguiente monólogo:

En los romances hay áureos castillos,
Do suenan arpas, bailan las doncellas,
Brillan lujosos pajes, los jazmines,
La rosa, el mirto, exhalan sus esencias.....
No más que una palabra misteriosa
Polvo, en un punto, esta hermosura trueca,
Queda sólo un montón de viejas ruinas,
Aves nocturnas y lagunas negras.
También yo así con sólo una palabra
Desencanté feraz naturaleza.

Ahora yace sin vida, mustia, inerte,
 Cadáver régio envuelto en sus preseas,
 De rojo embadurnadas las mejillas,
 Y cuya mano el áureo cetro aferra.
 Mas sus labios ved mustios, amarillos,
 Que olvidaron teñir de igual manera;
 Saltan en torno á su nariz ratones,
 Y del cetro se burla su insolencia.

Es cosa generalmente admitida esto de recitar un monólogo antes de levantarse la tapa de los sesos. La mayoría de los hombres utiliza en semejante caso el de Hamlet: *Ser ó no ser*..... Es un buen pasaje y de buena gana le hubiera citado aquí, pero cada uno se prefiere á sí mismo, y cuando, como yo, se han escrito también tragedias, en las que hay tales discursos de despedida de la existencia, como, por ejemplo, en la inmortal *Almanzor*, es muy natural que prefiera uno sus propias palabras á las de Shakespeare. En todo caso tales discursos son de aplicación utilísima; al menos con ellos se gana tiempo.

Y ocurrió que me quedé algunos instantes parado en la esquina de la *strada San Giovanni*, y hallándome allí, como un sentenciado que camina al suplicio, de pronto ¡la vil!

Llevaba su vestido de seda azul y su sombrero rosa encendido; sus ojos me miraron tan dulces, de un modo que vencían á la muerte y obsequiaban con la vida..... Señora, bien sabe usted por la historia romana, que,

cuando las vestales encontraban en su camino, en la antigua Roma, á un condenado á quien se conducía al suplicio, tenían el derecho de otorgarle gracia, y el pobre criminal conservaba la vida.

Con una sola mirada me salvó de la muerte; estaba ante ella como animado por nuevo ser y como deslumbrado por el sol de su hermosura. Pasó adelante..... y me dejó con vida.

CAPÍTULO III.

Y me dejó con vida, y vivo, que esto es lo principal.

Gocen otros la dicha de que sus amadas adornen su tumba con guirnaldas de flores y la rieguen con lágrimas de fidelidad.

—¡Oh, mujeres, aborrecedme, reíos de mí, rechazadme, pero dejadme vivir!

La vida es harto alegre y dulce, y el mundo tan deliciosamente embrollado, que viene á ser el sueño de una embriagada divinidad que se despide á la francesa del banquete de los dioses y se va á dormir á un astro solitario, sin saber que va creando lo que sueña....., y las imágenes de su sueño se ofrecen unas veces locamente abigarradas, otras con racional armonía.....: la *Iliada*, Platón, la batalla de Marathon, Moisés, la Venus de Médicis, el Münster (1) de Strasburgo, la revolución francesa, Hegel, los buques de vapor, etc., son pensamientos aislados en este sueño creador de la divinidad.....; pero no dura mucho, el dios se despierta, restriégase los soñolientos ojos, y sonríe.....; y este mundo se precipitará en la nada; sí, ¡jamás ha existido!

(1) La catedral.

¡Me es igual, yo vivo! No soy más que la creación de un sueño, pero mejor es esto que la fría, negra y vacía nada de la muerte. La vida es el mayor de los bienes y la muerte el peor de los males. Búrlense cuanto quieran los tenientes de guardias de Berlín, y llamen cobardía el que retroceda el príncipe de Homburgo al ver su tumba abierta. Enrique Kleist tenía, no obstante, tanto valor como sus bien acordonados camaradas de alto pecho, y lo probó desgraciadamente. Pero todos los hombres esforzados aman la vida. El Egmont de Göthe no se separa gustoso «de la amiga costumbre de vivir y obrar». El Edwin de Immermann se ase á la vida «como la criatura al seno de la madre», y por más que le parezca duro vivir por gracia ajena, la implora sin embargo:

«Que es vivir, respirar, el bien supremo.»

Cuando Ulises ve á Aquiles en el mundo inferior siendo caudillo de los difuntos héroes, y habla con enojo de su gloria entre los vivos y de su autoridad entre los muertos, contéstale éste:

«No hables de muerte en mi consuelo, Ulises!
Antes quisiera laborear los campos,
Ser un mendigo, sin herencia y bienes,
Que el enjambre mandar de muertos vanos» (1).

Si; cuando el mayor Duvent desafié á pistola al gran

(1) Homero. *Odisea*. Canto XI.

Israel Löwe, y dijo: «Si no viene usted, señor León (1), será usted un perro!»—Contestó Löwe:—«Más quiero ser un perro vivo que un león muerto.» Y tenía razón.... Me he batido con harta frecuencia, y puedo permitirme decirlo (2).

¡Dios sea loado! ¡Vivo! Hierve en mis venas el rojo licor de la vida, palpita bajo mis pies la tierra, estrecho con amoroso ardor á árboles y estatuas, y se tornan vivientes en mis brazos. Cada mujer es para mí un mundo que se ofrece; devoro las melodías de su semblante, y con una sola mirada de mis ojos puedo gozar más que otros en la plenitud y alcance de su organismo durante toda su vida. Cada instante es para mí, en efecto, una eternidad; yo no mido el tiempo con la vara de Brabante ó con la pequeña de Hamburgo, ni necesito que sacerdote alguno me prometa una segunda vida, puesto que me es dado gozar bastante de ella, con sólo *retrovivir* (3) en la vida de mis antepasados, y me conquisto la eternidad en el reino de lo que fué.

¡Y yo vivo! La gran pulsación de la Naturaleza late aún en mi pecho, y si exhalo un grito de alegría me contesta un millar de ecos. Oigo millares de ruiseñores. Les ha enviado la primavera para despertar á la tierra de su sueño matinal, y la tierra se estremece de gozo; sus flores son himnos que al sol dirige en su entusiasmo.... El

(1) Significado de Löwe.

(2) Este párrafo falta en la versión francesa.

(3) Permitaseme el neologismo, tan legítimamente formado como *retrotraer* y *retroceder*.

sol se mueve con harta lentitud; quisiera yo flagelar sus corceles de fuego para que galoparan con más rapidez..... Pero cuando se sumergen en el mar piafando, y la augusta noche se eleva con sus abiertos y anhelantes ojos, ¡oh! entonces comienzo á sentir en mí el placer verdadero; cual acariciadoras doncellas penetran los vientos de la tarde en mi corazón rugiente, me hacen señas los astros, y me elevo flotando por encima de esta raquítica tierra, y de los raquíticos pensamientos de los hombres.

CAPÍTULO IV.

Pero al fin llegará el día, y se extinguirá el fuego en mis venas, el invierno habitará en mi pecho, sus blancos copos revolotearán acá y allá en torno de mi cabeza, y sus nieblas velarán mis ojos. Descansarán mis amigos en sus tumbas, ya cubiertas de verdura; yo solo sobreviviré como solitaria espiga olvidada por el segador; una generación nueva habrá surgido con nuevas aspiraciones y nuevas ideas; lleno de admiración escucharé nuevos nombres y nuevos cantos; los antiguos nombres se habrán olvidado, yo mismo lo estaré ya; quizá aun me honren algunos, muchos se burlen de mí y ninguno me ame. Vendrán á mí, saltando, niños de mejillas de rosa, pondránme la vieja arpa en la temblorosa mano, y diránme riendo: «¡ Viejo perezoso, hace ya mucho que estás callado; vuelve á cantarnos las canciones de los sueños de tu juventud !»

Entonces tomaré el arpa, despertaránse antiguos dolores y alegrías, rasgaráse la niebla, nuevas lágrimas brotarán de mis muertos ojos, la primavera latirá de nuevo en mi seno, dulces sonidos melancólicos flotarán en las cuerdas del arpa, volveré á ver el río azul y el

marmóreo palacio, los hermosos semblantes de damas y doncellas, y cantaré las flores del Brenta.

Este será mi último canto; las estrellas me contemplarán como en las noches de mi juventud; la amada luz de la luna besará de nuevo mis mejillas; el coro de los espíritus de los muertos ruiseñores gorjeará á lo lejos, cerraránse mis ojos ebrios de sueño, mi alma se exhalará como los sonidos de un arpa...., exhalarán su aroma las flores del Brenta.

Un árbol sombreará la losa de mi tumba. Quisiera que fuese una palmera, pero éstas no prevalecen en el Norte. Será, pues, un tilo, y en las noches del estío se sentarán allí á platicar los enamorados; el canario que, columpiándose en las ramas, les espíe será discreto, callará, y mi tilo susurrará cariñoso sobre las cabezas de los felices que lo son tanto, que ni aun tiempo tienen para leer la inscripción de la blanca losa de la tumba. Pero si más tarde pierde el amante á su amada, y vuelve otra vez hasta el bien conocido tilo, y suspira y llora y contempla largo tiempo y con frecuencia la mortuoria losa, leerá esta inscripción: Él amaba las flores del Brenta.

CAPÍTULO V.

Señora, he engañado á usted. Yo no soy el conde del Ganges. En mi vida vi el sagrado río, nunca la flor del loto que se retrata en sus piadosas ondas. Jamás soñé tendido bajo las índicas palmeras, ni me prosterné á orar ante el dios de los diamantes, Jaggernaut, que fácilmente pudiera haberme ayudado con ellos. Tanto he estado yo en Calcuta como el asado de su nombre que ayer comí. Pero procedo del Indostán, y por esto me siento tan bien en los dilatados bosques de cantos de Valmiki; los heroicos dolores del divino Rama conmueven mi corazón como un dolor conocido; de las floridas canciones de Calidasa surgen ante mí los más dulces recuerdos, y cuando, hace algunos años, me mostró en Berlín una bondadosa dama las lindas pinturas que su padre, que había sido durante largos años gobernador en la India, había traído de allí, parecíanme aquellos rostros, delicadamente pintados y rebosando tranquila beatitud, tan conocidos; que creía contemplar mi propia galería de familia.

Francisco Bopp, señora—pues seguramente habrá usted leído su *Nalus* y su *Sistema de conjugación del sanscrit*—me ha proporcionado muchos datos acerca de mis

mayores, y sé ahora positivamente que he surgido de la cabeza de Brahma y no de sus ojos de gallo; y hasta presumo que todo el Mahabarata, con sus doscientos mil versos, es meramente una alegórica carta de amor que mi tatarabuelo escribió á mi tatarabuela..... ¡Oh! se amaban mucho, sus almas se besaban, se besaban con los ojos; eran dos, pero sólo un beso!.....

Un encantado ruiseñor está posado en un rojo árbol de coral en el tranquilo Océano, y entona una canción sobre el amor de mis abuelos; las perlas miran curiosas desde sus conchas, las maravillosas flores marinas estremécense melancólicas; los prudentes caracoles vienen arrastrándose con sus matizadas torrecillas de porcelana á la espalda; las rosas marinas se ruborizan, las amarillas y esquinudas estrellas de mar y los moluscos cristalinos y multicolores se agitan y prolongan, y todo hormiguea y espía.

No obstante, señora, el canto del ruiseñor es demasiado largo para que aquí pueda reproducirse; es tan extenso como el mundo mismo; sólo la dedicatoria á Anangas, dios del amor, es tan larga como todas las novelas de Walter Scott juntas, y á esto alude un pasaje de Aristófanes, que dice en alemán:

«Tiotio, tiotio, tiotinx

»Totototo, totototo, tototinx.»

(Traducción de Voss.)

No, yo no he nacido en la India; vi la luz primera á

las márgenes del hermoso río, donde la locura crece sobre verdes montañas, y en otoño se la recolecta, se la prensa, envasa y envía al extranjero. En verdad, que ayer le oí á uno decir la locura de que en el año 1811 había estado en un racimo que yo mismo vi crecer entonces en el *Johannisberg* (1). Pero se consume en el país mismo mucha locura, y los hombres son en él como en todas partes: nacen, comen, beben, duermen, ríen, lloran, calumnian, se aplican afanosamente á propagar su especie, procuran parecer lo que no son y hacer lo que no pueden, no se afeitan nunca hasta no tener barba, y suelen tener barba antes que juicio, y, cuando le tienen, se embriagan con la locura blanca ó tinta.

¡Dios mío! si hubiera en mí tanta fe que pudiese transportar las montañas, el *Johannisberg* sería precisamente la que llevara conmigo por doquiera. Pero mi fe no es tan fuerte, tiene que venir la imaginación en su auxilio y transportarme rápidamente á las márgenes del bello Rhin.

¡Oh! éste es un hermoso país lleno de amabilidad y de sol. En la corriente azul se retratan las montañosas orillas con sus ruinas de fortalezas, sus bosques y sus ciudades arqueológicas. Allí los burgueses se sientan ante la puerta de su casa en las tardes de verano, beben en grandes jarros y charlan amistosamente de que, gracias á Dios, el vino se presenta bien, de que deben

(1) Pronúnciese *Johannisberg* (la g final suave). Montaña de San Juan.

ser públicos los actos de los Tribunales; de cómo guillotinaron sin más ni más á María Antonieta; de cómo los impuestos sobre el tabaco le han encarecido; de cómo todos los hombres son iguales, y de cómo Görres (1) es una buena pieza.

Jamás me he cuidado de tales conversaciones, y con más gusto me sentaba con las jóvenes á la abovedada ventana y reía de su risa hasta hacer que me arrojaran á la cara sus flores, y me hacía el enfadado hasta que me contaban sus secretos ó alguna otra historia importante.

La hermosa Gertrudis se volvía loca de alegría cuando yo me sentaba á su lado; era una muchacha como una rosa encendida, y cuando un día se arrojó á mi cuello, creí que iba á arder y evaporarse entre mis brazos. La bella Catalina se deshacía en melodiosa ternura cuando me hablaba, y sus ojos eran de un azul tan puro, tan íntimo, como jamás le he hallado en hombres ni animales, y sólo rara vez en las flores; ¡con qué gusto se los miraba, y en cuántas dulzuras podía pensarse mirándolos!

Pero la hermosa Eduvigis me amaba; pues cuando yo me acercaba á ella, bajaba la cabeza mirando al suelo hasta que su negra cabellera caía sobre su rostro cubierto de rubor, y relampagueaban sus brillantes ojos como las estrellas en obscuro cielo. Sus pudorosos labios no decían una palabra, y tampoco yo podía decirle cosa al-

(1) Poeta católico de Munich.

guna. Yo tosía y ella temblaba. A veces me suplicaba, por medio de sus hermanas, que no trepara con tal celebridad á las rocas, que no me bañara en el Rhin estando acalorado por haber corrido ó bebido. Escuché una vez su devota plegaria ante una pequeña imagen de María, adornada con oropeles y alumbrada por una lamparita que se hallaba colocada en un nicho sobre el dintel de la puerta, y oí claramente que rogaba á la madre de Dios, que *le* impidiese trepar, beber y bañarse. Seguramente me hubiera enamorado de la hermosa muchacha si hubiera estado indiferente conmigo; mas estuve indiferente con ella porque sabía que me amaba. Señora, quien quiera que yo le ame, debe tratarme como á un canalla.

La bella Juana era prima de las tres hermanas, y yo me sentaba gustoso á su lado. Sabía las más hermosas tradiciones, y cuando, desde la ventana señalaba con su blanca mano los montes donde todas aquellas cosas que refería habían ocurrido, me hallaba bajo el poder de un encanto: los antiguos caballeros salían visiblemente de sus castillos arruinados y resonaban sus férreas armaduras, *Lorelei* estaba á su vez en la cumbre de la montaña y cantaba desde allí su dulce y pernicioso canción, el Rhin murmuraba grande y tranquilo á la vez que provocativo y medroso, y la bella Juana me miraba de un modo tan extraño, tan íntimo, tan misteriosamente triste, como si ella misma fuera un personaje del cuento que en aquel momento narraba.

Era una joven alta y pálida, estaba mortalmente en-

ferma, abstraída, sus ojos eran claros como la misma verdad, sus labios piadosamente arqueados, y en los rasgos de su semblante estaba escrita una gran historia, pero una historia santa. ¿Acaso una leyenda de amor? No lo sé ni jamás tuve valor para preguntárselo. Cuando la contemplaba largo tiempo, me serenaba y tranquilizaba, como si fuera apacible día de fiesta en mi corazón, y los ángeles celebraran en él los divinos oficios.

En aquellas serenas horas le contaba yo sucesos de mi infancia y ella los escuchaba siempre seriamente, y, ¡cosa rara! cuando yo no podía acordarme de un nombre, me le recordaba ella. Si entonces le preguntaba yo admirado, de dónde sabía tales nombres, me contestaba sonriendo que los había aprendido de los pájaros que anidaban entre los ladrillos de su ventana, y me quería hacer creer también que éstos eran los mismos pájaros que yo un tiempo cuando niño comprara con el dinero de mi bolsillo á los crueles muchachos del campo, y á quienes dejara volar libremente. Pero creo que ella lo sabía todo, porque estaba tan pálida, y en realidad murió pronto. También sabía cuándo iba á morir, y deseaba que yo la abandonase antes de este día. Al separarnos me dió sus dos manos.....; eran unas manos blancas, suaves, puras como una hostia, y me dijo: «Tú eres muy bueno, pero si te haces malo, acuérdate de la difunta niña Verónica.»

¿Le habrían revelado también los parleros pajarillos este nombre? Con frecuencia en esas horas anhelosas de

recuerdos me había estado rompiendo la cabeza sin poder acordarme del querido nombre.

Ahora, puesto que le he recobrado, vuelva á florecer para mí, al menos en mi pensamiento, mi infancia primera; soy otra vez un niño y juego con otros en la plaza del castillo de Düsseldorf, á orillas del Rhin.